

# LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO : CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



## PÁGINAS BÍBLICAS

### ¿MORTALES O INMORTALES?

**D**ios al formar y dar vida a nuestros primeros padres, los creó inmortales. Dedúcese esto de las palabras que el mismo Dios dijo a Adán, cuando, mostrándole las bellezas del paraíso, le dijo: «Come de todo árbol del paraíso; pero no comas del árbol de la ciencia del bien y del mal, *puesto que el día en que comieres de él, morirás sin remedio*».

Ahora bien; siendo tan opuestas las dos ideas, a saber: la inmortalidad con que adornó Dios al hombre y la sentencia por la que lo condena a muerte, se preguntan los intérpretes: *¿En qué sentido concedió Dios la inmortalidad al hombre?*

Al crear Dios al hombre no le dió la inmortalidad intrínseca y esencial, propia y exclusiva de la divinidad, ni siquiera la incorruptibilidad inherente al espíritu, sino la facultad de resistir a todas las causas de muerte, mediante recursos que El mismo le proporcionó.

Si la inmortalidad con que adornó Dios al primer hombre le fuera esencial, Dios no hubiera revocado esta gracia, como no revocó la inmortalidad con que enriqueció el alma del hombre.

El cuerpo del hombre era naturalmente corruptible y por consiguiente mortal, porque Dios le hizo sujeto a ciertas leyes fisiológicas, reguladoras de la vida y propias de todo ser organizado, las cuales pueden quedar incumplidas, ya por exceso de energía en las funciones vitales, ya por alteraciones de índole moral, ya por el cansancio de los órganos, ya, finalmente, por causas intrínsecas de destrucción. Así, dice S. Agustín: «Adán, por la índole de su cuerpo, era mortal». El mismo santo Doctor advierte que «una cosa es *no poder morir*, y en esta inmortalidad crió Dios algunas naturalezas, y otra cosa es *poder no morir*, y en esta clase de inmortalidad creó

Dios a Adán». Adán podía, pues, *no morir*, y esto es lo que hubiera sucedido de no haber faltado Adán al expreso mandamiento de Dios, al prohibirle con amenaza de muerte que no comiese del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Más aún: esta inmortalidad podía perderla el hombre sin haber pecado, puesto que el remedio que había puesto Dios en manos del hombre para conservar aquella facultad no era una panacea en el propio y estricto sentido de la palabra, sino simplemente un manantial de juventud y de energías, a medida que una y otras se fuesen perdiendo, merced a los continuos desgastes de un organismo sujeto a la fatiga y a la pérdida incesante de materiales nutritivos.

Así, por ejemplo, el árbol de la vida no hubiera, por su sola virtud, privado al hombre de la muerte, si éste se hubiese arrojado temerariamente a un precipicio o al fondo del mar. La gracia de la inmortalidad traía aparejada en el hombre la necesidad de no ponerse en peligros evidentes ni de descuidar los consejos de la prudencia, ya que de otra suerte hubiera sido tentar a Dios. Lo que en cierto modo hizo Dios al conceder al hombre tan maravillosa prerrogativa fué comprometerse a conservar el cuerpo humano en todo su vigor y lozanía y en alejar del hombre aquellos peligros internos y externos cuyos efectos no estaba en sus manos evitar.

Por tanto, el hombre fué creado mortal por naturaleza, pero con una inmortalidad condicionada.

Para esto estaba en el paraíso el árbol de la vida, cuyo fruto tenía la virtud de rejuvenecer el organismo y de contrarrestar la natural corrupción de la materia. Para esto el paraíso era un lugar especial, con caracteres sumamente acomodados, ya por el clima, ya por la fertilidad y belleza del suelo, para conservar la salud, la alegría, el buen humor y aquella paz y tranquilidad beatífica de que gozaba el hombre paradisiaco.

*Pero ¿es realmente cierta la existencia de ese árbol misterioso y providencial?*

Como otros pasajes de la Sagrada Escritura, el árbol de la vida ha querido tomarse en un sentido alegórico y espiritual; pero casi todos los Santos Padres han creído que debía tomarse el pasaje bíblico al pie de la letra, puesto que no hay dificultad ninguna en que Dios hubiese concedido al fruto de un árbol todas las cualidades preservativas y curativas que andan esparcidas en multitud de humildes plantas, que por esta razón son llamadas *plantas medicinales*.

Abonan, además, esta creencia las tradiciones de todos los pueblos antiguos, que hablan del árbol de la vida con una unanimidad admirable y por demás elocuente.

Así, el árbol de la vida entra a formar parte de las leyendas religiosas de los indios, persas y asirios, siempre significando un árbol sagrado que tenía la soberana virtud de dar la inmortalidad a los que de él se alimentaban. La ambrosía de los dioses griegos no es más que una reminiscencia adulterada del árbol mosaico. Los japoneses

reproducían en sus monumentos el árbol misterioso, rodeándole de figuras notables en actitud de veneración y haciéndolo custodiar por genios alados.

Y, ¡cosa notable!, en las tierras mejicanas se han hallado monumentos en que el árbol del paraíso representaba un papel principal.

Hoy día la existencia del árbol de la vida se toma por una verdad inconcusa, contra la cual los modernos impíos no saben hacer más que esgrimir el arma de la ironía, tanto más burda y ridícula cuanto que, sin esfuerzo alguno, se observa que no es más que un velo que cubre la suma impotencia de la malicia y del error contra las bellísimas verdades contenidas en los sagrados Libros.

CLAUDIO VIDAL Y CORTADA  
Académico Honorario

## LA VISITA DEL SEÑOR OBISPO

### A LA «ACADEMIA CALASANCIA»

Como habíamos anunciado oportunamente, el domingo, día 3, tuvimos la grandísima satisfacción de vernos honrados con la visita de nuestro Excmo. Prelado, quien se dignó presidir la sesión de la ACADEMIA CALASANCIA.

Al salón de Actos acudieron casi todos los señores Académicos que se hallaban en Barcelona, algunos de los cuales tuvieron que hacer un verdadero sacrificio, lo cual agradecemos en el alma, pues harto notorias son las grandes dificultades que imposibilitan la asistencia constante de entusiastas Académicos, que desearían poder concurrir a todas las sesiones dominicales.

Y no sólo acudieron casi todos los Académicos de número y supernumerarios, sino algunos académicos honorarios, que quisieron dar una prueba más del cariño y del entusiasmo que sienten por esta benemérita Asociación que ellos fundaron y que tanto contribuyeron con su talento, con su trabajo y con su asiduidad a elevar al grado de esplendor, a que tal vez, con más años de existencia y quizás con mayores facilidades, no ha llegado ninguna de sus similares en nuestra ciudad.

Así tuvimos el gusto de saludar a nuestros buenos amigos, los Académicos Honorarios, D. Narciso Pla y Deniel, D. Jaime Trabal, D. Bartolomé Canals y D. Casimiro Comas y Doménech, que era el conferenciante.

La presencia de estos señores dió un gran realce al acto del domingo, haciendo desear que se repitan con frecuencia tan oportunas y simpáticas visitas, que sirvan para estrechar cada vez más las relaciones y la amistad entre los elementos nuevos de la ACADEMIA y los que, llenos de experiencia y de saber, forman el robusto tronco del árbol frondoso de la ACADEMIA CALASANCIA, que, a pesar

de sus veinticuatro años transcurridos, vive ufano para gloria de la Escuela Pía y para provecho de la piedad y de las letras.

Y ahora, al reseñar la sesión, no queremos hablar por cuenta propia, para no pecar de parciales; por lo cual nos limitaremos a reproducir el concepto que aquel bello acto académico mereció al periódico local *La Tribuna*, haciendo constar con agradecimiento que la mayoría de los periódicos católicos de nuestra ciudad lo reseñaron más o menos extensamente.

Dice *La Tribuna*:

#### EN LA ACADEMIA CALASANCIA

«El Ilmo. y Rdm. Obispo de esta diócesis asistió ayer por la mañana a esta entidad para presidir una de las conferencias sociales de su cursillo.

Correspondió a D. Casimiro Comas y Doménech el desarrollo del tema *Contrato de trabajo y aprendizaje. Proyectos de nuestros legisladores. Ley de huelgas y coligaciones.*

Confía su exordio al examen de los caracteres de alta justicia que presiden las reivindicaciones sociales del catolicismo, cuya norma se contiene en el intervencionismo del Estado, como garantía de la acción individual. Pero importa no confundir los términos de esa acción pública del poder para no sufrir la depresión enorme de pactar ante las exigencias de un socialismo utópico y revolucionario, cuyas teorías trastornan convulsivamente el orden social, como las excitaciones al «sabotaje» y al atentado personal. El Estado que pacta con tales elementos —concluye— está falto de dignidad e independencia.

Entra luego en la consideración de los antecedentes o intentos anteriores en favor de la legalización del contrato de trabajo y aprendizaje, fijando atención especial en el proyecto del señor Dávila en 1906, comparado con el posterior (1908) del señor La Cierva. Analiza particularmente los principios perturbadores que se descubren en el primero, al considerar a la mujer obrera desligada por el proyecto de la autoridad del marido, lo que tiende, por necesidad, a la negación de los deberes familiares, ineludibles como sagrados. Al fijar su atención en la prescripción del máximo de la jornada en ocho horas, contenida en el primer proyecto, señala el impulso de halago a la galería, obrado en ello, porque las condiciones diversas de determinadas industrias rechazan esa pretendida identidad, condenada por altos principios económicos.

Pasa a analizar la ley de huelgas y coligaciones. Critica el principio, reconocido en la ley mentada, de derecho a la huelga. Constituye—dice—una enormidad la legalización de un acto coactivo, cual es la huelga, encaminada siempre a producir una paralización en la producción, perturbando así el desenvolvimiento económico.

Censura que para conseguir una aspiración en muchos casos injusta, como las particulares o políticas de los falsos redentores, se acuda a desmanes de todo género y se llegue a coartar la libertad

del trabajo y a ejecutar actos devastadores que desdican de todo progreso, equiparándonos en procedimientos a las más apartadas tribus.

La notable conferencia del señor Comas Doménech fué premiada con nutridos aplausos.

El Dr. D. Narciso Pla y Deniel formula luego algunas observaciones encaminadas a manifestar su discrepancia absoluta con las últimas manifestaciones del conferenciante, afirmando que la huelga es una arma que, manejada discretamente, constituye la única defensa del proletariado ante las exigencias e injusticias del patrono.

El Dr. Comas Doménech rectifica, anotando una coincidencia de apreciaciones: que él también reconoce el derecho a una huelga, contenido en límites justos; pero, ¡qué pocas reúnen las debidas garantías de estabilidad y orden!—añade.—Contesta también á otras objeciones sobre la extensión de los principios liberales manchesterianos, afirmando su concepto intervencionista.

Luego el señor Obispo, correspondiendo a una entusiasta salutación del vicepresidente de la ACADEMIA, Sr. Nadal y Camps, felicita a los jóvenes académicos y los alienta a que se adiestren en las lides modernas, con una cultura apropiada, que garantice la existencia en lo futuro de un alto sentido social, único que puede encauzar la actual crisis obrera.

Hace falta, dice, crear un ambiente social; que todos creemos que no hay remedio a esta situación, para así trabajar con mayor denuedo, con fe profunda y entusiasmo ardiente por la restauración social en Cristo.

Pronunciadas breves frases por el Padre Provincial de las Escuelas Pías de Cataluña, Salvador Marcó, se da por terminado el acto, al que asistieron gran número de académicos y escogido público.»

LA REDACCIÓN

## PRESUPUESTOS DE ESTADO

### II

#### ANTECEDENTES

Al dar una ligera ojeada sobre el estado de las Haciendas públicas de las naciones europeas, llaman desde luego la atención las dificultades con que tropieza el Gobierno alemán para nivelar sus presupuestos. La abundancia de medios que están a su disposición, todos los que de nuevo arbitra, todas sus ingeniosidades y combinaciones no bastan a impedir que sus presupuestos se salden con déficit. Tan poco honor ha hecho a sus finanzas, que ya se empieza a dudar del talento financiero de Alemania, y a hacerse vaticinios si el disloque de su Hacienda será muy pronto la ruina de la Nación, por-

que ya se sabe que la fuerza financiera es tan importante como la fuerza militar para el sostén de los Estados.

¿De dónde proviene esta falta? Desde la fundación del Imperio, Alemania se propuso robustecer y consolidar a toda costa la defensa nacional y su política exterior. A este único fin aplicó sus talentos, recursos y energías; gastó su dinero y agotó su crédito. La obra le produjo brillantes resultados, cual nunca pudiera soñar. Venció a su eterna rival, la Francia, y cobró con las provincias conquistadas cuantiosa suma por indemnización de guerra. Cuando se vió dueña de tan inmenso tesoro, no supo apreciar lo que en sí vale una buena reserva para afrontar las contingencias del porvenir, y no reparó en gastarla para comprar nuevo armamento, artillar mejor los castillos, hacer inexpugnables sus puertos y costas, aumentar el contingente de sus ejércitos y tirar naves al mar, indicando a Inglaterra que algún día podría disputarle el dominio de los mares.

Casi simultáneamente con el problema militar, se vió obligada a resolver el problema económico, no sólo para impulsar la riqueza del país sino también para vencer en otro terreno las naciones rivales. No gastó inútilmente los millones en crear todos los elementos productores y aumentar la expansión económica del país, pues lo hizo con tanto acierto que apenas hay nación en el mundo que la iguale en potencia comercial e industrial en todos los ramos.

La cuestión social se presentó pavorosa en Alemania. El socialismo revolucionario, engendrado, más que por las predicaciones de Marx, por la codicia de los nuevos mercaderes sin conciencia y por la propaganda anticristiana que se venía haciendo más de un siglo, se infiltró en las masas obreras y amenazaba con destruir el Imperio. En consecuencia, la Hacienda, que ya de suyo no podía soportar las anteriores cargas, tuvo que apelar a nuevos recursos para amansar la ola revolucionaria, estableciendo el ahorro, los seguros, las pensiones y otros medios; y a pesar de tantos sacrificios no ha logrado del todo su obra pacificadora, obteniendo, a lo más, reducir y localizar en el sud del Imperio el número de los partidarios de la violencia en los procedimientos.

Con mano pródiga se gastaron inmensas sumas, sin calcular debidamente si podían ser reintegradas con nuevos impuestos y el aumento de la riqueza tributaria que lógicamente debía seguirse. No se calculaba porque se vivía en tiempos llenos de esperanza; se miraba siempre adelante, marchando arrastrados por el esplendor del Imperio, y se tiraban sin inquietud todas las cargas sobre los hombros de los venideros. Y los alemanes de hoy se sienten abrumados bajo el enorme peso de las deudas contraídas, viéndose obligados á imponerse nuevas cargas para justificar la confianza de los tiempos pasados.

La Alemania fué la primera en sufrir las consecuencias de los grandes estipendios hechos para la compra de armamento de toda clase; las naciones aliadas fueron las segundas en sufrirlas, viéndose obligadas a armarse más para formar la invencible Tríplice; las na-

ciones rivales tuvieron que seguir por el camino de las locas prodigalidades para no verse arrolladas algún día; y en esta mutua competencia la Alemania continúa armándose más y más por tierra y por mar, para no perder delante del mundo la preponderancia moral y material que le ha dado el éxito de su fundación, pero con grandes déficits en sus presupuestos y con graves quiebras en las Haciendas de las demás naciones.

Por efecto de una organización financiera defectuosa, el Gobierno imperial se ha visto obligado todos los años a pedir recursos al crédito, cargando con una deuda de seis mil millones de pesetas, proveniente de los gastos militares principalmente. A fin de contener el aumento de la deuda, se imponía una reforma financiera. La reforma adoptada consistía en instituir una amortización suficiente y regular, que permitiera enjugar la deuda paulatinamente, los futuros empréstitos, asegurar la nivelación de los presupuestos y establecer sobre nuevas bases las relaciones financieras entre el Imperio y los Estados confederados.

Ya veremos luego si el resultado de la solución adoptada, que hasta ahora no ha satisfecho a ningún partido, responde eficazmente a las previsiones de sus financieros.

No tiene menos interés el estudio de las dificultades en que tropieza la Hacienda pública de Inglaterra para nivelar sus presupuestos. Si en Alemania el príncipe de Bülow tuvo que retirarse ante la tenaz oposición del Parlamento a sus planes financieros, que exigían nuevo aumento de gastos, en Inglaterra se traba formidable lucha por la misma causa entre la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores.

Asusta leer la lista de los gastos consignados en los presupuestos de Inglaterra. Más de *mil quinientos millones* se necesitan anualmente para el sostén y aumento del ejército y marina, sin contar con los 200 millones destinados a las pensiones para la vejez, con el solo fin de resolver el problema social, que aquí, como en todas las demás naciones, se plantea exigiendo rápida solución. Pero ni aun así se cubren hoy las cargas del Estado, puesto que el Canciller del Echiquier se ha visto obligado a obtener 500 millones más al ver que el aumento de la riqueza tributaria no daba lo suficiente para cubrir los gastos, y estos 500 millones los obtuvo Mr. Lloyd George aumentando los impuestos directos e indirectos, sin romper la tradición de los cancilleres que le habían precedido.

Repasando los cuadros de los impuestos del siglo pasado se ve inmediatamente que la proporción entre las contribuciones directas e indirectas va aumentando siempre en provecho de las clases menos acomodadas. Pero no puede decirse de la Hacienda inglesa que la política de su amortización siga la marcha deshonrosa de la alemana, puesto que los débitos que gravan la carga permanente de la Deuda van reduciéndose paulatinamente con perfecta regularidad, y gracias a esta sabia política, Inglaterra puede soportar cada 25 años un gasto extraordinario de cinco mil millones de pesetas, ahorro que le per-

mite sostener con ventaja una guerra contra cualquier potencia. Este es uno de los datos que deben tener presente los que se dedican a presagiar cómo terminará el conflicto armado de las naciones.

Podríamos continuar la revista de las crisis financieras que sufren las demás naciones; pero creemos suficiente lo dicho para llegar al conocimiento de los remedios que se aplican para obviar las dificultades de toda Hacienda pública.

No hay estudio más instructivo que la comparación de los presupuestos, de sus ingresos y gastos, porque nos enseña cuáles son los recursos principales de los grandes países, y, agrupando las cifras con todo el cuidado posible, se desvanecen muchos errores que se cometen sobre materia financiera.

Esta comparación demuestra que si Alemania pasa por una crisis financiera muy aguda, puede conjurarla fácilmente, porque es la que cobra menos impuesto de los objetos de consumo, y, por tanto, le queda todavía un margen de gran extensión donde puede espigar para obtener nuevos recursos.

Es también indispensable conocer el cuadro de las cantidades que paga cada país por la defensa nacional, intereses de la Deuda, pensiones, etc., comparándolas con las respectivas fuerzas contributivas. Y de la comparación resulta que Alemania, con todas sus dificultades, ocupa una situación ventajosa con relación al gran desarrollo de la población y riqueza del Imperio.

Además de lo dicho, se nota otra cosa más grave en el estudio de los presupuestos, y es que la situación apurada de la Hacienda ha iniciado en algunas naciones una política interior que lleva a carrera tendida al socialismo descarado del Estado en el sentido de que el legislador no exige ya del impuesto directo, demasiado sobrecargado, más aumento de recursos para nivelar los presupuestos y cubrir los gastos públicos, sino de las contribuciones indirectas; y lo peor del caso es que, extendiendo sin tasa ni medida las atribuciones del Estado, se provee de medios tomando a su cargo una serie de empresas que hasta ahora habían sido dirigidas por particulares o sociedades, con la tendencia a absorber la propiedad particular, a convertir forzosamente en masa obrera a los empresarios e industriales, y toda la masa obrera en un conglomerado de funcionarios del Estado.

Tales son los antecedentes que deben tenerse en cuenta para el análisis de las cifras de los presupuestos de las naciones.

JAIME TORRES, SCH. P.



ELS RELLOTJES A MITJA NIT

## I

## EL DE LES ADORATRÍUS

Ganinch, ganinch, ganinch... toquen dotze hores  
 ab ressó de cristall immaculat;  
 es l' instant de mudar les vetlladores  
 qui adoren a Jesús Sagramentat.

En aquella hora d'imponent misteri,  
 qui converteix l'iglesia en troç de cel,  
 una monja travessa'l presbiteri  
 com un àngel qui porta son salteri  
 ab les ales plegades sota'l vel.

En son reclinatori s'es posada  
 ab cor flamant d'amor indefinit,  
 y en l'Hostia consagrada  
 té fixa la mirada  
 com si ab els ulls oberts s'hagués dormit.

Sos parpres s'humitejen  
 del gran braser d'amor qui la consúm,  
 y'ls ciris qui espurnejen  
 li van semblant estels de viva llum.

Y li pareix que's va engrandint depressa  
 la custodia ab sos raigs y que travessa  
 l'immensitat dels cels al devant seu;  
 ja trenca'l clos d'aquella humil capella;  
 ja'l mon s'es fos per ella;  
 ja no veu més qu'a Deu.

Quan, ja finida l'hora,  
 la nova vetlladora  
 de son encís li ve a trencar el vol,  
 la veu marxar a ran de la barana  
 com una boira blanca en forma humana,  
 qui porta a dintre un llampegueig de sol.

ANGEL GARRIGA, Pvre

EL TRABAJO DE LAS MUJERES Y DE LOS NIÑOS

(APUNTES PARA UNA CONFERENCIA)

Decía el ilustre juriconsulto catalán D. Manuel Durán y Bas en una alocución dirigida a los fabricantes de Sabadell, que así como la décimanona centuria había realizado la reforma política, estaba reservado al siglo XX el llevar a término la reforma social. Y en efecto, basta examinar someramente todos los hechos acaecidos durante los once años que constituyen la vida del siglo presente para ver claramente que en ellos se dan ya las consecuencias que ineludiblemen-

te debían deducirse de la profunda labor que venía preparándose en el terreno social en la última etapa del siglo XIX.

En todos los terrenos y bajo todos los puntos de vista se ha iniciado el movimiento, que ha degenerado en lucha cada vez más encarnizada, si se consideran cuáles son los elementos que se disputan el reinado de las ideas: el Socialismo y el Catolicismo.

De aquí que a la pujanza y a la expansión socialista se contra ponga otro movimiento de gran fuerza expansiva en el campo católico, y que aparezca el Catolicismo social velando con firmeza por el bienestar de la clase obrera y logrando con su energía una multitud de reivindicaciones de aquélla, que se han traducido en el mejoramiento individual del obrero y en mayor fuerza de la clase proletaria.

El Catolicismo se ha dirigido a enaltecer al obrero, y para ello ha garantizado a los obreros su integridad física, moral y social, en su dignidad de hombres, de jefes de familia y de ciudadanos. Y desde este punto de vista, fácil es comprender que en el problema del trabajo de las mujeres y de los niños es donde con más fuerza debe mostrarse la acción social católica, ya que este problema es el que más directamente interesa al obrero en los tres aspectos enunciados.

Todas las reformas realizadas en el campo de la legislación obrera y en su filosofía venían exigidas con urgencia a causa del malestar que de antiguo existía y que se exteriorizó en forma violenta al calor de las doctrinas sustentadas por la Enciclopedia. Entonces vino la afirmación absoluta de la libertad y su inmediata aplicación en todos los órdenes de la vida, quedando sentada la libertad del trabajo sin limitación de ningún género. Así las cosas, no podía en modo alguno comprenderse la más pequeña intervención del Estado en la reglamentación del trabajo obrero.

Swart Mill fué el primero que en concreto defendió el empleo de las mujeres y de los niños en las fábricas, fundándose en que así aumentaba el ingreso de recursos en la familia, en que las mujeres y los niños son más aptos para ciertos trabajos y en que su trabajo se pagaba menos. No voy a detenerme en refutar una afirmación que en sí ya lleva la muerte por las contradicciones que entraña, y sólo recogeré los datos que la realidad ofreció; que fueron la refutación más elocuente de las afirmaciones de aquel economista.

Por lo que se refiere a los niños, se vió que el trabajo prematuro extenuaba las fuerzas de la adolescencia, evitaba el desarrollo de la inteligencia, y que el trato frecuente con colegas pecaminosos los lanzaba a la corrupción, favoreciendo el alcoholismo. En el Congreso de Obras sociales de Lieja Mr. Thiernes denunció el hecho, por él presenciado, de que en varias fábricas se agobiaba a niños de diez y once años con un trabajo de quince, diez y seis y hasta diez y ocho horas diarias. Y el obispo de aquella diócesis, Mgr. Doutreloux, expuso el hecho de que una fábrica empleaba ochenta niños, que, un año antes de empezar su trabajo, tenían que llevarlos sus madres en brazos hasta las puertas de los talleres para que pudieran soportar las inclemencias de la temperatura; a estos niños se les hacía traba-

jar durante doce horas, algunas veces de noche, en cuyo caso se les hacía cantar, sin duda para que no se durmiesen.

Respecto de las jóvenes obreras los peligros que para ellas ofrecía la promiscuidad de sexos era grande. Le Play, en *La Réforme sociale en France* sostenía que la seducción ejercida sobre las jóvenes obreras se extendía de un modo alarmante, manifestándose como execrables corruptores, no sólo los mismos obreros, sino los contra-maestres y directores en algunos distritos manufactureros, las gentes superiores de la sociedad, a veces los mismos dueños de las fábricas, que con su vanidosa indiscreción hacían más repugnante su delito.

Se veía que en las mujeres aumentaban los estragos producidos por la tuberculosis, la clorosis y otras enfermedades, que si no causaban una muerte inmediata, motivaban una vejez prematura.

En las obreras casadas el mal llegaba a su colmo; a los peligros físicos y morales ya enunciados se unían los que amenazaban a la sociedad entera socavando la institución familiar y el vigor de la generación futura. Pues ni las madres de familia podían desempeñar satisfactoriamente su altísima misión, retenidas en su egoísmo fuera de los hogares por la esperanza de un salario menguado, ni los hombres podían encontrar en ellos la paz y los atractivos que son poderosos preservativos de su corrupción, ni los hijos podían recibir asiduos cuidados en su edad temprana, que tanto requiere su desarrollo físico y moral. La mujer dedicada exclusivamente al trabajo fuera de su casa, casi deja de ser mujer; en vez de hallarse rodeada de puras afeciones, vive separada de su marido gran parte del día y deja abandonados a sus hijos, ya en manos extrañas, ya sueltos por las calles, expuestos a ser campo abonado a todo vicio y corrupción.

En las obreras próximas a ser madres el peligro era grande para la generación nacedora, y varias estadísticas de todas las naciones demuestran plenamente cuán necesarias eran las precauciones que con posterioridad han ido implantándose.

Ya se comprenderá que todo lo expuesto era más que suficiente para calificar de perjudicial, y hasta de perversa la libertad absoluta del trabajo, sostenida con tanto calor por los economistas de la Revolución. Era necesario un remedio que no podía encontrarse en el Socialismo, saturado de odio a todo lo constituido y que lógicamente no podía aceptar beneficio alguno de los gobiernos, debido a la influencia de Carlos Marx. Sólo posteriormente los ha aceptado, pero sólo por razones de oportunidad.

La reacción no podía provenir de una escuela que con el trabajo de las mujeres y de los niños veía engrosar las filas de sus adeptos, principalmente en Italia, y con ello veía más próxima la realización de la catástrofe que Marx patrocina como fuente de mayor bienestar para el proletariado.

No pudiendo darse en el Socialismo la reacción, tenía ésta que venir forzosamente de las ideas de paz y de fraternidad que sustentaron y sustentan las máximas católicas. Y tanto fué así que los católicos

han sido los primeros en levantar la bandera de la intervención del Estado en la regulación del trabajo, y los Pontífices romanos han dirigido en este sentido el movimiento social del Catolicismo.

¡Y tanto como lo han combatido los mismos que, si no por fe, por agradecimiento debieran venerarlo!

JORGE OLIVAR DAYDÍ

Académico de Número

Discurso pronunciado por el Presidente del Jurado, en el solemne acto de la adjudicación de premios del gran concurso literario artístico escolar celebrado por las Congregaciones Marianas de las Escuelas Pías de Olot: 11 febrero 1912.

DIGNÍSIMAS AUTORIDADES (1)

ESTIMADOS PROFESORES Y ALUMNOS

SEÑORES:

Gratísima satisfacción embarga mi espíritu en estos solemnes momentos, y si una vez en mi vida me he levantado a hablar lleno de emoción y temeroso de que no responda mi pobre palabra a la idea que bulle febril en mi cerebro, os digo con toda ingenuidad que es ésta.

Un cúmulo de circunstancias fuertemente unidas y compenetradas, y cuyo mágico efecto es superior a mis fuerzas, operan en mí este fenómeno, debido no precisamente a causas de orden puramente accidental, sino a fenómenos del todo psíquicos a cuya influencia no puedo abstraerme. Elevado a este sitio presidencial no por mis merecimientos, que bien sabéis son escasísimos, sino por el particular afecto y cariño con que nos correspondemos profesores y alumnos de este Colegio, quiero de todas veras expresaros mi profundo agradecimiento, que con caracteres indelebles permanecerá eternamente grabado en lo más recóndito de mi alma, porque con ello me habéis proporcionado un inmenso júbilo, porque soy el primero que orgulloso he participado de vuestra colosal obra, porque en todos los momentos de mi vida he pasado por vuestra predilección y por vuestro amor, y yo quiero ser esclavo de ese amor y de ese afecto, y con todas mis fuerzas y con todo el vigor de que es capaz mi alma quiero levantar un altar a vosotros en mi admiración, y rendiros culto fervoroso en mi corazón de discípulo agradecido.

Habéis abierto un paréntesis que me distingue el pasado y me hace vislumbrar radiante de hermosura el porvenir; me habéis hecho despertar de un sueño en el que parece una sombra fugaz todo el tiempo que no he hecho vida común con vosotros; paréceme que estas tan queridas paredes, que mi voz fué la primera en hacer vi-

(1) La Eclesiástica, civil, judicial, militar, representantes de Corporaciones religiosas.

brar, han de repetirme mis discursos y mis versos de escolar, no; no soy yo en estos momentos el de ahora; soy el de antaño, esgrimo vuestras armas, y tengo por coraza el escudo de la Escuela Pía; soy vuestro más bizarro soldado, que está dispuesto a derramar la última gota de su sangre en defensa de los hijos de Calasanz. (Grandes aplausos.)

¡Ah!, señores; si en estos momentos pudiese yo expresar por medio de la palabra los afectos y sentimientos que anidan en mi corazón, ¡qué de cosas os diría! ¡con cuánto placer os recordaría los ratos deliciosísimos que he pasado en vuestra amable compañía! no solamente en Olot sino en Barcelona, en Balmes y en San Antón y en todas partes donde hay Colegios Calasancios, ya en nuestra patria, ya en Bélgica y en Cuba, porque cuando las distancias nos han separado, nos ha unido el correo, y a través de los bosques y de los mares se han cruzado sus cartas y las mías repletas de respeto y admiración.

¡Cuán grande es, señores, la obra de San José de Calasanz! Estoy en lo cierto, señores, al afirmar que aun cuando sus virtudes propias no le hubiesen valido, hubieran bastado las de sus hijos para elevarle al altar; su obra no es solamente religiosa y científica, sino primordialmente social, porque así como es imposible formar un hombre sin una alma, también lo es formar un ente social sin las bases sobre las que se sienta la sociedad, o sea la Piedad y las Letras; y únicamente unas masas sin piedad o sin letras o ambas cosas a la vez, o sea despojándose de la condición de hombres para convertirse en fieras, pueden destruir el Real Colegio de S. Antón de Barcelona, cuyas ruinas humeantes, a no ser por el heroico sacrificio de los Padres Escolapios, serían mudo testigo de degeneración social a la vez que justa indignación contra la infamia de padres, que así dejan huérfanos de educación a sus hijos, a los pedazos de su alma. Y precisamente por esto, precisamente porque su obra es enteramente social, jamás desaparecerá la Escuela Pía. Sobrada razón tenía mi querido maestro, el P. Ignacio Gorina, al afirmar desde el púlpito, cuando la fiesta de las Congregaciones, no ha mucho tiempo celebrada, que la obra de S. José de Calasanz perduraría a través de todas las edades, porque hacer esto significa ir de común acuerdo la inteligencia con la voluntad; para destruir la Escuela Pía es necesario antes aniquilar el benéfico influjo de las enseñanzas recibidas en los primeros años del hombre. Y así es en efecto; sucede a la Escuela Pía lo que pasa a todas las grandes colectividades; cuanto más encono, más obras, y cuantas más obras, más frutos; y en esta época que estamos atravesando de continuo sobresalto y perenne zozobra; en este presente momento de atrofia de inteligencias y perversión de voluntades; en estos días en que parece que el pensar bien está en razón directa del actuar mal; es cuando más en auge van las saludables enseñanzas de los hijos del gran Calasanz; sus virtudes son árboles corpulentos que extienden por doquier sus ramas, hasta cobijar bajo su sombra a un mundo entero. Aquí tenéis una de sus

últimas producciones, la más moderna quizás; la fundación de estas Congregaciones, cuyo nervio principal radica en el celoso y ejemplar Escolapio, mi estimado P. Juan Vallverdú. No quiero recordaros, porque viven latentes en vuestro espíritu, el sinnúmero de actos que en el corto espacio de tiempo de que ha dispuesto han venido realizando estas Congregaciones. Pero de entre ellos merece especial mención el que en estos momentos estamos celebrando; la organización de un concurso escolar. Tengo para mí que esta innovación es de capitalísima importancia; responde a un alto sentido pedagógico, mereciendo por tal concepto los justos y legítimos aplausos de todos los que deben preocuparse de la educación de la niñez, cual es enseñar a los escolares el manejo del arma que más víctimas causa cuando está mal esgrimida y que por ende más almas hace que logren escapar de una muerte segura; es lazo de hierro que une profesores con alumnos; es invisible eslabón que logra unir los niños con el Colegio; es la Escuela que alcanza a todas las edades y cariñosa guarda como tesoro el más preciado, uno de los últimos suspiros del viejo moribundo, que deja en esta tierra, su casa y su Colegio. Y quienes más que nosotros han reconocido y han sabido apreciar en su justo valor la extraordinaria trascendencia de estos concursos, han sido los mismos alumnos, a pesar de su corta edad; yo creo que no ha habido ninguno que en poco o en mucho y a medida de sus alcances, haya dejado de concurrir al convite famoso que le ha brindado la Escuela Pía; todos han aportado su piedrecilla al edificio levantado en su cariño por los Padres Escolapios; todos han respondido al llamamiento de sus queridos maestros. Extraordinario encanto merecen todos y cada uno de los trabajos presentados, tanto por el valor intrínseco de los mismos como por el cuidado y esmero en su presentación. Pero no he de ser yo, ciertamente, señores, quien haya de juzgar en este momento el mérito de los trabajos premiados, porque ello incumbe al señor Secretario, que indudablemente lo hará muchísimo mejor que el que en este instante tiene el inmerecido honor de dirigiros la palabra. A mí me resta únicamente, señores, dirigir un respetuoso saludo de entrañable afecto y admiración a todos los PP. de este Colegio, haciendo especial recordación de los que fueron mis amantísimos maestros. Felicito al dignísimo Rector de este Colegio, P. Manuel Roca, cuyo nombre no debemos ni podemos olvidar jamás los que tenemos el honor de contarnos en las generaciones de sus discípulos. En nombre de todos mis compañeros del Jurado doy sinceras gracias a los PP. Escolapios por las inmerecidas atenciones que nos han dispensado durante estos días. Felicito con toda mi alma a los niños agraciados y a sus respectivas familias. Y ruego a todos los aquí congregados conserven grato recuerdo de esta simpática fiesta, que únicamente la Escuela Pía puede celebrar. Apoyemos, señores, con todos nuestros esfuerzos la meritísima labor de los PP. Escolapios; no olvidemos que los niños de hoy serán los hombres de mañana; ayudemos a la consolidación de los cimientos de la Escuela Pía. Y vosotros, alumnos de esta Madre amorosa, y nosotros, cuales nom-

bres guardan los libros de este Colegio y cuyas primeras letras en él aprendimos, correspondamos a las pruebas de cariño que nos prodigan, repleguémonos, juntémonos aprestémonos todos para formar las avanzadas de los ejércitos de la inteligencia y del corazón. De entre las ruinas de San Antón he visto nacer una florecilla de perfume celestial; he visto alzarse el espíritu de San José de Calasanz, que amoroso nos extiende su manto que nos ha de hacer invencibles; días críticos se avencinan en nuestra querida patria y en nuestra ciudad misma; que no nos encuentren indiferentes y vacilantes; formemos la muralla cuyas piedras sean nuestros corazones, que si puede el plomo destruir las corazas, no podrá aniquilar nuestros pechos para mantener incólume este santuario de nuestros amores, baluarte inexpugnable donde habrán de estrellarse las avalanchas de la impiedad y del sectarismo. (Grandes aplausos. Ovación.) HE DICHO.

CARLOS CARDELÚS CARRERA

### EL PISO VACÍO

Al levantarme esta mañana, unos hombres hercúleos se ocupaban en trasladar los muebles de un piso enfrente al mío. Los muebles se deslizaban por la cuerda doble, y suspendidos unos segundos en el aire, bajaban majestuosamente hasta el carro de mudanzas que en la calle esperaba impaciente la marcha.

En uno de los balcones he visto a una muchachita que seguía tristemente las operaciones de los hombres hercúleos. Luego la he perdido de vista, los hombres se han marchado y el piso ha quedado completamente vacío, según he podido juzgar desde mi balcón.

La imagen de la muchachita ha vuelto a mi imaginación al mirar horas después al piso vacío. Diríase que perdió su encanto, ese encanto de macetas y visillos de encaje con que se engalanaba días antes, meses antes, años antes...

En el piso vacío hay una gran desolación, el viento lo recorre tínicamente, las puertas chocan con estrépito contra las paredes, el papel se desgarran en grito doloroso, mientras muestra su entraña de cal, y el alma del piso, flotando en un ambiente raro, cual nunca llegó a soñar, hiende el aire y se oculta en un pliegue de los papeles del balcón...

Solloza su soledad, y al invocar la piedad de los hombres, evoca la historia de un pasado... Es un desfile grato y trágico a la vez, en que junto al momento de un nacimiento, figuran los días de dolor, esos días en que el aire parecía otro, porque lo dejó de aspirar un ser querido, en que las paredes obscurecidas por la semiclaridad alargaban las siluetas y rechazaban fieras el chisporroteo de unos hachones de cera...

Luego, el recuerdo de una primera comunión, la tarde en que se pidió una mano, el amanecer en que llegó un hijo licencioso, pálido,

con el brillo del vicio en los ojos y la mueca de cansancio en los labios, con el temblor del que espera una riña... y sus pasos lentos, suaves, hasta que llega a su cuarto y cae vencido en la cama, soñando que nadie le vió, mientras su madre solloza cerca de él, procurando que no se entere el padre, que ha de ir pronto al trabajo... Y la vuelta del viajero, que halla todo como lo dejó casi conservando su última mirada, como si las cosas también tuvieran alma... El alma del piso vacío que llora su desolación rememora una llegada del cartero ansiada muchos días, y ve a su amita rasgando el sobre y leyendo con avidez, mientras sin darse cuenta ríe, ríe locamente, como ríen las mujeres cuando se les dice por primera vez que se les ama...

Y el piso vacío — a quien nadie consuela, a quien nadie acude — suspira tristemente al pensar en futuras noches de dolor, en escenas trágicas de familia en que se oculta una sonrisa, o escenas amables de fiestas y alegría, en cuyo fondo duerme una lágrima...

Llega la noche. La luna ha quebrado uno de sus rayos en el cristal de una ventana, y su luz llega al piso. Yo lo veo desde mi mesa de trabajo. El rayo de luna brujulea sobre las paredes, rasgando la tersura del suelo, atravesando dinteles y persianas. Es como un gran fantasma que consuela el alma dolorida con la frialdad pura de su blancura...

Y yo pienso en la muñequita de rizos de oro y ojos azules cual el azul del cielo, que vi triste por la mañana. Ahora se estará acostando en su nuevo piso, un piso que no le dirá nada, con sus papeles nuevos y puertas recién pintadas; un piso cuyos mosaicos brillantes pasarán bajo sus zapatitos sin poder evocar en su mente un lugar fijo, una situación de grato recuerdo. La muñequita se acostará malhumorada y mientras *viene* el sueño — que no vendrá, porque extraña el color de los papeles, la situación de los muebles y los cuadros, el aire que huele a barniz — fijará su vista en el cielo-raso que será más bonito que el de *antes*, que estará mejor pintado; pero que no le podrá decir nada de muchas noches en que se dormía soñando, en que pensaba en el príncipe de los cabellos de oro, en que temía la visita de la «Madre», que al día siguiente le reprendería su falta de estudio...

Y mientras la niña sueña sin conciliar el sueño, el alma triste del piso vacío exhala un suspiro de añoranza del pasado y temor del porvenir, mientras la luna brujulea en sus cristales, en los que se quiebra un rayo de su luz...

PABLO VILA SAN-JUAN

Académico de Número

## UN LIBRO SOBRE EL DESAFÍO

Por tratarse de la obra de un académico, hemos juzgado oportuno hacer de ella, no una nota bibliográfica, como en la mayoría de los casos, sino un resumen crítico, que, aunque ligero y breve, pueda dar a nuestros lectores una idea bastante clara y todo lo completa

posible del folleto publicado por el Académico Honorario, D. José Sala Bonfill.

El libro propiamente no lleva título, pues lo que aparece en la cubierta es más bien un resumen indicativo de los capítulos en que está dividido. Tampoco es un trabajo completo, ya que el mismo autor manifiesta en la portada que su librito es un conjunto de fragmentos de un trabajo suyo, presentado a concurso en los Juegos Florales de Borjas de Urgel, habiendo merecido el *primer accésit* al *Premio de Honor*, ofrecido por S. A. R. el Infante D. Alfonso de Borbón.

Empieza el libro con un *Lema-Prefacio* del propio autor. Está escrito en verso endecasílabo suelto y desarrolla una idea moral. A nuestro entender, no hacía falta este prólogo al libro, especialmente teniendo en cuenta el carácter de la obra, eminentemente histórico.

Al entrar en materia, el autor se esfuerza en buscar la verdadera etimología de la palabra *duelo*, admitiendo como más lógica y probable la teoría que la hace venir de la frase latina *duorum bellum* o *guerra entre dos*.

Nosotros juzgamos acertado el criterio del autor, pues en latín se dan casos muy frecuentes de contracciones semejantes. Así *vendere* viene de *venum dare*; *obviare* viene de *obviam ire*; *novies* procede de *novem vices*; *mutuare* es contracción de *mutuum dare*, etc. Lo mismo sucede en todas las otras lenguas, en mayor o menor escala.

La cuestión etimológica de las palabras *duelo* y *desafío* da pie al autor para hacer unas curiosas incursiones por el campo de la historia antigua, que se acentúan al tratar del origen de esta bárbara costumbre. Este capítulo del origen del duelo es tal vez el mejor, y sin duda alguna el más fundamentado de la obra. El autor muestra en él una grande erudición histórica y una paciencia de benedictino en un trabajo sumamente ímprobo, cual es la adquisición de preciosos materiales, que sólo halla quien los busca un día y otro con tenacidad y perseverancia.

Pasa luego el autor a tratar de la etiología del duelo, buscando las causas de este mal, que aunque arranca de muy antiguo, tiene su aparición, podríamos llamar oficial, encarnando en las costumbres de los pueblos, en los tiempos caballerescos de la Edad Media.

En este punto, el autor cierra la historia para dedicarse a moralista, describiendo el honor, diversificándolo en varias especies, y haciendo atinadas y hermosísimas consideraciones sobre las causas próximas y remotas del duelo.

Finalmente, el autor dedica un largo capítulo a la terapéutica del duelo, y termina reseñando los principales esfuerzos eclesiásticos y civiles para abolirlo. Este capítulo, en parte de carácter eminentemente ético, y en parte histórico, constituye un magnífico final del librito que nos ocupa, viéndose en él, aún con mayor evidencia que en el capítulo dedicado a la génesis del duelo, la predilección del autor por los áridos trabajos de investigación. Este carácter predomina en todo el libro, dándole casi toda su importancia intrínseca.

El estilo general de la obra es el que corresponde a esta clase de trabajos, y aunque se resiente de la premura de tiempo, en que el autor se vió obligado a componer su escrito, pues se notan en algunos pasajes ciertas incorrecciones de estilo y el uso importuno de algunas voces; con todo, el autor ha sabido salvar el escollo de la aridez y de la monotonía, presentándonos hermosos cuadros llenos de animación y de variedad, con lo cual resulta ser muy amena y atractiva la lectura de la obrita del Sr. Sala Bonfill.

Nosotros felicitamos cordialmente a nuestro distinguido amigo por su utilísimo trabajo en pro de la noble idea por la que todos los católicos debiéramos trabajar en la medida de nuestras fuerzas, y esperamos tener muy pronto el gusto de saborear las bellezas que encerrará sin duda la obra que tiene prometida al público con el sugestivo título de *Hinnari litúrgich*, y de la que tenemos los mejores antecedentes, por habernos leído su autor algunos pequeños fragmentos.

RAFAEL OLIVER, Sch. P.

Director de la ACADEMIA

## CRÓNICA ESCOLAPIA

### DE CATALUÑA

ESCUELAS PÍAS DE MATARÓ. — La tradicional maestría con que los alumnos de las Escuelas Pías saben proporcionar unos ratos de expansión y solaz a sus queridas familias con la representación de obras dramáticas y morales, no ha disminuído un ápice en las que hemos tenido el gusto de contemplar en estos días de Carnaval.

*El Calvari de la vida*, interesante producción dramática, de desarrollo algún tanto difícil y con escenas muy reales y oportunas, tuvo esmeradísima interpretación por parte de todos los actores, distinguiéndose de un modo especial el Srto. Boada, por la propiedad y sentimiento que dió a su papel de protagonista, y el Srto. Cuyás, por el gracejo y naturalidad con que representó el de viejo gracioso, admirablemente secundados por los Srtos. Figueras, Riera, Durán y Cabot, los cuales, con sus compañeros Raméntol (M.), Xena, Peradejordi, Fonrodona y Fábregas, y los niños Cuadrada, Colomer y Fradera, tuvieron suspendidos de sus labios por espacio de dos horas a la numerosa concurrencia, que coronó con más de una salva de aplausos su esmerada labor.

El cuadro lírico *La huerta de los Remedios*, que a continuación representaron los alumnos de 1.<sup>a</sup> enseñanza, resultó en conjunto una monada, no sólo por la belleza del aparato escénico, sino por la armonía de los cantos y por la naturalidad con que los tiernos actores desempeñaron su cometido. El papel de abuelo fué interpretado a las mil maravillas por el Srto. Pompilio Martí, y sus compañeros los Srtos. Andreu, Martínez, Catá, Noguera, Horta, Esquera, Fité y Cabot, supieron dar a los suyos todo el interés que les correspondía, no menos que los Srtos. Carreras, Fradera, Ravell, Cuadrada, Riera, Raméntol (J.) y Xalabardé, en la afinación de sus cantos y en la ternura de su expresión.

Por fin de fiesta se representó la divertida zarzuela bilingüe en un acto y tres cuadros *Prou pinxos*, que mantuvo constantemente la hilaridad del público, y en la que, además de la mayor parte de los alumnos que representaron el drama, se distinguieron por su belleza de dicción y viveza de expresión los señoritos Albiol y Raméntol (S.) en sus respectivos papeles de Andalúz y Policía.

Merece consignarse con singular elogio la música de la zarzuela y del cuadro lírico, original del profesor del Colegio D. Luis Martí, quien cosechó más

de una vez nutridas salvas de aplausos, y las decoraciones, que debidas, según se nos dijo, al pincel del P. Subdirector de los internos, Rdo. Carlos Riera, resultaron soberbias y de efecto sorprendente.

No hay que decir que la numerosa concurrencia que asistió a dichas representaciones salió altamente complacida de las mismas, felicitando a los PP. Escolapios, como lo hacemos nosotros desde estas columnas, por el interés y cuidado con que se esmeran en cultivar esta rama de la educación integral, que con tanta perfección saben dar en sus Escuelas.

(Del *Diario de Mataró*)

EL CRONISTA

## BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN HISTÓRICO-CRÍTICO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, por D. *Angel Salcedo Ruiz*.—Saturnino Calleja, Madrid. Un tomo en rústica, 6 pesetas.

Si fuese mío el ejemplar del «Resumen histórico-crítico de la Literatura española por Angel Salcedo Ruiz», que acabo de leer, no se libraría de una acotación severa el siguiente párrafo del prefacio: «Esta renovación, puede decirse total, de la Literatura española, hace inútiles, por anticuados, los libros y manuales que ahora circulan, ya para la enseñanza en las Universidades e Institutos, ya para conocimiento del público culto, pero no especialista en la materia». ¿Todos los textos a que alude son anticuados? ¿Acaso no hay alguno, cuyo autor, más modesto que otros, no se ha atrevido a publicarlo como obra, y circula con el carácter de apuntes, texto que ha servido de base a otros para calcar en dichos apuntes compendios presuntuosos?... Ello aparte de que, después del resumen de Fitzmaurice Kelly (traducido al castellano), cualquiera que pretenda publicar otro debe superarlo o al menos igualarlo, y el del Sr. Salcedo no consigue ni lo uno ni lo otro.

Cierto que suple una falta imperdonable, que el gran Menéndez Pelayo ya señaló al prologar el libro del hispanófilo inglés, tal es el dar la debida consideración a nuestros cantares de gesta; pero ¿quién sabrá, leyendo el Resumen del Sr. Salcedo, la forma artística del Poema del Mío Cid, la época de su composición, su carácter histórico, su exactitud geográfica, cosas todas que pudieran resumirse en veinte líneas? Y si retrocedemos, ¿por qué no nos habla en la parte sintética de la poesía hispano-latina de los poemas latinos relativos al Cid, así como de toda la poesía y la prosa de los tiempos de la Reconquista?

De todos modos hay que alabar esta parte del libro que juzgo, y siento no poder llevar mi benevolencia a las páginas dedicadas al siglo XVIII de nuestras letras. El Sr. Salcedo no ha querido entretenerse en episodios interesantes de aquella centuria; como la fundación de la Academia Española, la menos académica de todas las de aquel tiempo y moldeada, más que por el patrón francés, por el italiano; la famosísima tertulia de la Fonda de S. Sebastián y las Academias del buen Gusto; el Diario de los literatos, con sus famosas polémicas; la celeberrima de Sedado e Iriarte (éste merece un poco más de espacio) y sobre todo el carácter de la Poética de Luzán, que no se comprende bien con lo que de ella dice el Sr. Salcedo, repitiendo lo que se lee en muchos libros de texto. Y que perdonen nuestro Capmany, y Mayans, y Sánchez, y Conti, y Marchena, etcétera, etc., el olvido que no merecen, y consuélense pensando que peor suerte ha cabido al dulce Cabañes, a Piferrer, a Trueba, a Medina, a Puigblanch y tantos otros.

La sección menos defectuosa del nuevo Resumen es la dedicada al Siglo de oro, como allí se llama, o sea la Edad de oro como yo la apellidaría. Algo podría decir de ella que no sería en son de alabanza, por ejemplo refiriéndome a Herrera (de quien no conoce el autor el estudio hecho por Coster) y a Lope de Vega, del que no se cita el nombre de una sola de sus comedias, y algunos otros; pero temo resultara esta crítica demasiado despiadada, y se enojara algún panegiris-

ta del libro, que, además, merece toda censura, toda recriminación como obra impresa.

Si Foulché Delbosc dedicó un folleto de bastantes páginas para mostrar los gazapos ortográficos del *Précis* de Merimée, ¿qué haría el crítico francés con las faltas de imprenta de la obra del Sr. Salcedo? Cerca de cinco páginas se invierten en la fe de erratas y en ellas no figuran Cayangos por Gayangos (página 411); Estela por Estala (pág. 380); Terreras por Ferreras (pág. 378); de Fileno y de Zamoardo por de Fileno y Zambardo; y Plácido y Vilortano por Vitoriano (pág. 317); Valdivieso por Valdivielso (en varias páginas) y otras por el estilo, imperdonables en una obra de vulgarización. Y todo ello sin parar mientes en que los retratos (llamémosles así) se hallan: el de Benavente al hablar del Quijote; los Quinteros antes del siglo XVIII; el P. Mir en la Edad de oro; Menéndez Pidal al dar cuenta de los historiadores del reinado de Carlos V...

El libro del Sr. Salcedo es, pues, una equivocación. Y siento que así sea, por que la idea es simpática, el fin propuesto loable en extremo y el autor, en otro orden y en otro campo merece todos nuestros respetos y admiración. Por esto prefiero hablarle sinceramente, amigo Plato... que no romper lanzas a su favor contra críticos que han juzgado el libro censurándolo, ya que creo que de esta suerte se le sirve mejor y más noblemente. Esmérese el Sr. Salcedo en su tarea de historiador literario; acote en varias páginas su libro y puede con una segunda edición del mismo conseguir el fin propuesto: el de prestar un valioso servicio a toda persona culta y deseosa de estar al tanto de los adelantos de su época; mas no consagrada profesionalmente a estos estudios.

C. P. PALOMARES

LA PREVISIÓN DEL TIEMPO, LO QUE ES, LO QUE SERÁ, dos conferencias por el P. Ricardo Cirera, S. J. Director del Observatorio del Ebro.

Uno de los problemas que la Ciencia moderna pone mayor empeño en resolver, es el de *la previsión del tiempo*, por su gran importancia, no sólo para el agricultor y el navegante, sino para los intereses generales de la Sociedad, que recibirá incalculables beneficios cuando la Meteorología adquiera la precisión suficiente.

Un inventario de lo que en la actualidad es *la previsión del tiempo*; una visión hermosísima de lo que será en lo porvenir, fueron el tema de las dos conferencias dadas en Barcelona, por el sabio Director del Observatorio del Ebro, tan celebradas por el público y la prensa.

Para que todos puedan conocerlas, pues a todos interesan, al profano porque le dan un conocimiento claro de la cuestión, al técnico por el carácter histórico que revisten y por numerosas notas especialmente bibliográficas, que forman un arsenal de muy preciosos datos, se han impreso en un hermoso volumen, tamaño  $19 \frac{1}{2} \times 27 \frac{1}{2}$ , excelente papel, 48 páginas de clara lectura, varios grabados, una gráfica a dos tintas, un apéndice con los juicios críticos de las principales revistas científicas sobre el Observatorio del Ebro y bonitas cubiertas papel verjurado azul.

Siendo el móvil de este folleto la vulgarización científica, su precio es sumamente módico y no acostumbrado en esta clase de ediciones: una peseta.

Todos deberían conocer este palpitante estudio de actualidad científica, trazado por la autorizada pluma del P. Cirera, que tan alto ha sabido colocar el prestigio de la ciencia española; y especialmente es recomendable a aquellos de quienes por su posición e influencia depende más o menos directamente el porvenir económico de España.

De venta en todas las librerías; también puede pedirse directamente enviando su importe en sellos correo de 15 céntimos o giro postal (añadiendo 25 céntimos si se desea recibir certificado) al Observatorio del Ebro, Tortosa, o a «La Hormiga de Oro», Plaza Sta. Ana, 26. Barcelona.

BIBLIÓFILO